

Si te quieres divertir con encanto y con primor solo tienes que vivir un verano en Nueva York

(Justi Barreto, «Un verano en Nueva York»)



Por: Guillermo León Martínez Pino

¿Caer en la tentación no significa caer en la vida?
¡Déjanos, Señor, caer en la tentación y libranos del bien!

E. M. Cioran

Yo nací en Nueva York, en el condado de Manhattan, donde el perro come perro, y por un peso te matan [...]

El truquito, la maroma... ¡Ay bendito!

Henry Fiol

Una aclaración necesaria

NUEVA YORK es la ciudad cosmopolita por excelencia de nuestro mundo occidental, en ella se condensa el multicolor étnico, como último eslabón de la tierra prometida que nos ofrece el capitalismo narciso global del siglo XXI. La ciudad en la cual se vive para el dólar, erigido como supremo Dios redentor de las angustias existenciales de una trama fragmentaria que deja al individuo entregado a su propio devenir, es decir, arrojado sobre una superficie deleznable de necesidades que determinan sus quehaceres en ausencia de cualquier teleología que trascienda su existencia material.

Contra todo pronóstico prometeico, vendido desde siempre por los precursores de la forma de vida Americana (american way of life), los newyorkinos son otra cosa, gente superobesa que difícilmente se mueve por las calles del patio de cemento; hartos de los turistas; tan solo atinan a engullir la comida postmoderna, que engorda la psicosis colectiva de una sociedad narcotizada en su existencia cotidiana. «Multiculturalismo engañoso, ficción ideológica de la democracia liberal norteamericana: el crisol desaparece para fundirse en una batalla a muerte del ‘sálvese quien pueda’» (Cajas, 2004:13).

Úselo y tírelo titula Eduardo Galeano (1994), un libro sobre esta sociedad desechable, donde todo es plástico hasta la formas de ser y de vivir, ciudad de plástico, como la grafica Rubén Blades, «donde en vez del sol amanece el dólar, donde nadie ríe, donde nadie llora, de gentes con rostros de poliéster que escuchan sin oír y miran sin ver».

Ciudadela inerte de la despoetización estética de los placeres compartidos, en la que se yergue el privilegio del amor autista y la herida narcisista. Ese dolor profundo, ese ataque al yo que significa la indiferencia, el desprecio o el abandono. Ese no lugar en el que el alma, sufre por la belleza pero se agota en la imagen fosilizada del deseo, convertido en el imaginario por excelencia de este mundo hiperreal de la sociedad de consumo, con objetos que se revelan incesantemente ante los ojos, seducen la sensibilidad efímera y despoetizan el corazón. Como bien lo etnografía el antropólogo Juan Cajas (2004: 12), en su descripción noctámbula del escenario perturbador de las calles Newyorkinas, en donde se asienta la diáspora latina:

Frente a mí la ciudad parece vivir una orgía perpetua; su nocturnidad es sobrecogedora. La noche es el refugio de lo no soñado. El día es finito, la noche en cambio, sentenciaba García Lorca, en *Un poeta en Nueva York*, es interminable: Hay barcos que buscan ser mirados para hundirse tranquilos. De las bocinas de los autos emergen, inconfundibles, las voces de Ismael Rivera, Héctor Lavoe, Richie Ray, Bobby Cruz, Henry Fiol, Papo Lucca, Rubén Blades y Willy Colón, los salseros mayores. Espectáculo visual. Suenan las maracas, y los timbales, ahorcadas sobre las piernas largas de los negros, marcan el taconeo de los bacanes en las banquetas, siguiendo el piano enérgico de Palmieri en «Vámonos pa'l monte». Sin salsa no hay transa. La salsa es traqueta, pero también niuyorketa: nació de la soledad y el desamparo; fusión de afroantillanidades, incertidumbre y dolores generacionales, transformados en ritmo y movimiento de palmeras.

Pero, NUEVA YORK, no es una, es múltiple; no es solamente el epicentro del narcisismo y de las finanzas; sino también una sucursal del truquito, la maroma y el sabor, «donde perro come perro y por un peso te matan», o donde se vive «soñando con la sinfonía de una melodía que no está completa y pasa todo el tiempo buscándola y no la encuentra», como lo vocifera cadenciosamente el cantante Newrican Henry Fiol, en sus historias de ese mundo de guapería donde hay que abrirse paso a brazo partido en esta penitenciaría gigantesca, en la que se constituyen las calles de los barrios latinos, poblados de inmigrantes dedicados a trabajos esclavizantes o de oficios bajos, de limpieza de inmundicias o, en caso extremo, a actos delictivos para poder sobrevivir en soledad y desesperación. La música, aquí se convierte en una sazón para la vida, en una forma de aminorar la añoranza de la tierra natal; en la expresión de las sensibilidades de otras territorialidades, de otras representaciones, de otros lugares; esta música aflora como síntesis de un cosmopolitismo de patrones rítmicos amalgamados en una sinfonía anárquica llamada salsa; esa música que le canta a la pobreza: de vivir «de la mano a la boca»; o en el rebusque diario, en donde, «me defiando picoteando por ahí» o, torciéndole en cuello a la calle, así como cuando Henry Fiol se pregunta por la actitud despreciable de cierta gente que solo entrega las migajas que sobran en la mesa: «comen el jamón y a mí me tiran el hueso. Como si yo fuera un ratón, me dejan un tanto de queso» y, entonces riposta: «Pero yo no soy ningún ratón, yo nunca he servido pa' eso».

O cuando el maestro Rubén Blades, hace una radiografía de e los barrios «duros» de nuestro patio latino, pero sobre todo del «barrio latino» de la ciudad de New York., en su obra clásica de «Pedro Navaja», allí, como cuando en cualquier calle

el delincuente asecha sigiloso, a pesar del patrullaje de la policía, que poco le preocupa, pues se ha construido para desafiar el miedo. Su víctima resulta ser una prostituta, que camina «refunfuñando, pues no ha hecho pesos con qué comer», pero que siempre carga una pistola «para librarse de todo mal». El sabueso macho merodea, «con el tumbao que tienen los guapos al caminar». Se lanza sobre su presa a la que consideraba indefensa; al sentirse atacada la mujer dispara su arma y al tiempo el maleante clava el puñal asesino en el cuerpo de su codiciada víctima. Los dos con la palidez cadavérica, que propicia la muerte yacen inermes en la acera y en la soledad del patio de cemento, «aunque hubo ruidos nadie salió, no hubo curiosos, nadie lloró». Hasta que un borracho –otro desclasado– por casualidad tropezó con los muertos, «tomó el revólver, el puñal, los pesos y se marchó», tremendo botín, encontrado sin proponérselo, para subsistir en esa atmósfera agreste de supervivencia del más fuerte y, el mensaje subliminal: «La vida te sorpresas, sorpresas te da la vida», algo parecido al refrán que dice que «el que a hierro mata a hierro muere».

Contrario y paradójicamente, al escenario descrito, este no es el NUEVA YORK, al que quiero referirme, es otro, plagado de simplicidades excéntricas, pero prolijo en sonoridades, cadencias y recuerdos de vida; anclado ya no como capital de la modernidad Occidental, sino en el epicentro de un villorrio fortificado, a quienes sus gentes sencillas le han dado en denominar con el sugerente nombre de «Pueblillo»; diminutivo, que si quisiéramos definirlo significaría: calle larga e interminable, construida sobre una arquitectura primigenia, anárquica y empírica; en la que los vecinos conversan animados en las aceras, mientras los niños juegan. Se ven sus gentes divagar semanalmente en las labores propias de su rutina artesanal; urdimbre de imágenes de esos Juan Albañiles, que construyen con sus cuerpos y manos de marfil la arquitectura ordenada y cartesiana de la ciudad blanca. Exactamente, en la mitad de esa larga calle que entraña proyectos de vida disímiles, se localiza la imagen renovada del NUEVA YORK Payanés; apoteosis rítmica del espectáculo de la música de salsa; la del «hombre de a pulso», contraposición paradójica de la ciudad lúgubre, que vive la nostalgia de sus glorias republicanas pasadas y recrea anualmente el canónico ícono de creerse la Jerusalén de América; la ciudad de los 17 presidentes; con sus paredes blancas, su religiosidad mojigata y el conservadurismo obsecuente, de una Oligarquía de a millón; ciudad en la que, como gráficamente la dibuja Víctor Paz Otero (2010:142–143):

Comulgan y hacen innumerables procesiones. Pasean a un Cristo amoratado, un Cristo lívido, un Cristo lacerado y humillado por cuyas heridas mana sangre y cuya sangre se matiza con finos terciopelos. Solemnes, majestuosas procesiones. Liturgia metafísica que exalta y enmascara el sufrimiento. Es un Dios lastimado, encarnecido, un Dios vencido por los pecados y las mentiras de los hombres, un Cristo que siempre está muerto y nunca resucita.

En cambio, en este barrio –o mejor pueblito alegre–, sus habitantes celebran extemporáneamente, la fiesta del niño Jesús, como una forma de escape lúdico, pagano y carnavalesco, a esa suerte de melancolía por no olvidar el palpito de sus orígenes, esos silencios milenarios que les permiten escuchar pausados el murmullo del mundo de su procedencia ancestral, pues se murmura que los

primeros pobladores hicieron parte del resguardo de los indios Anaconas, los que fueron expulsados a las márgenes, como lo excedentario; cuando los conquistadores con el látigo y el evangelio, idearon, en su imaginario de blancura, crear esa ciudad de Dios llamada Popayán; sometiendo a sus habitantes a ser extranjeros en su propio territorio. Pero, amparados en Kafka podríamos decir, al hablar de esos silencios: «Ahora, las sirenas disponen de un arma todavía más fatídica que su canto: su silencio. Y aunque es difícil imaginar que alguien pueda romper el encanto de su voz, es seguro que el encanto de su silencio siempre pervivirá».

La discoteca Nueva York: el gratificante encanto de la plástica sonora

Popayán tuvo su época floreciente y gratificante de la plástica musical de la salsa, que venida de latitudes afrocaribeñas, penetró por década de los 70s. del siglo pasado, las rígidas estructuras culturales de esta sociedad monástica y de ciudad anclada en la zona andina, poco familiarizada con la polirritmia de la música afrocubana y caribeña.

Fueron los barrios periféricos, que sirvieron de refugio a esa música, que llegó buscando adeptos: gentes sencillas, trashumantes de la vida, expulsados por diferentes circunstancias de sus lugares de origen; inmigrantes aferrados a la esperanza de poder encontrar en la periferia de la ciudad blanca, un lugar para guarecerse de las inclemencias del destino. Así se instalan y configuran los viejos sitios de salsa en Popayán; lugares privilegiados en los que las fábulas se convierten en susurros mediados por la bohemia; donde por necesidad de reconocimiento, se dan cita los inquilinos del barrio que cuecen los ingredientes de las errancias de vida, con sus puntos de encuentro y, sobre todo, de fuga; paulatinamente transformados en la fisonomía del relacionamiento colectivo. Cuenta Ovidio que hacia 1957, su mamá tenían un puesto de venta de empanadas en las aceras de la casa familiar, «los amigos, venían y bailaban en los cuartos, se sentaban en las camas, al principio llegaban los más conocidos de mi mamá, luego todos los que vivían en Pueblillo. Cada ocho días se armaba la furundanga y en Popayán todos conocían el sitio, pero nunca fue una discoteca sino una casa de amigos».

Ovidio por un instante huye al pasado para rememorar con cierto aire de melancolía a su madre fallecida y, recuerda, cómo por allá en el año 1983, cuando las fuerzas del cuerpo le habían cobrado la factura de la inexorabilidad de los años, él asumió la responsabilidad de continuar al frente del negocio y, entonces derribó algunos cuartos de la vieja casona e instaló el «rumbeadero», que desde entonces, no ha parado de funcionar. Consuetudinariamente renueva la decoración con cuanto cachivache encuentra o le llevan a regalar; lo hago – nos dice– «para darle alegría al lugar y ser testigo de la moda. Cuando le veía a mis tías un par de zapatos bonitos se los pedía. A esto le llamo arte popular, aunque no tuve estudios universitarios. Hice mi bachillerato y algunos cursos en el SENA».

Este es el entorno, que sirve de marco a uno de los más emblemáticos sitios que aún subsisten en Popayán, después de transcurrido más de medio siglo, de la llegada de la música del barrio a los márgenes de una ciudad suspendida en el tiempo y en el espacio: la discoteca Nueva York de Pueblillo. Allí, con su cabeza rapada y su vestimenta sicodélica propia del atuendo distintivo de un «salcero duro» yace Ovidio, un hombre, cuya tímida sencillez, raya con la agresividad de la música que proyecta el sonido bestial de un Richy y Ray; la descarga endiablada en el piano de Palmieri, el estrepitoso redoblar de los cueros de Barreto; o el canto de un Lavoe, «con sabor a navajazo y caricia, a estupor y cicatriz de aquello que la música hace imperecedero» (Jáuregui, 2005).



Aquí en la vida cotidiana del barrio, «el hogar del sentido», la música se hace envolvente e imprescindible; acaricia las nostalgias como cuando los labios y la piel recuerdan la sensibilidad del amor. La música de salsa es eso: una «compañera», que da cuenta de ternuras y conflictos humanos tan fluctuantes como la vida misma, ella gratifica, nos revuelve; se nos mete en la sangre; en el cuerpo, en el corazón; pero también en la mente.

Cuenta Ovidio, que ese exótico nombre del «New York Patojo», surgió, porque hace unos cuantos lustros, un familiar emigró a las tierras del norte buscando otros horizontes y su estadía en la ciudad de los rascacielos coincidió con el boom del movimiento salsero en esa urbe, en la que los latinos se reunían en las esquinas a cantar las nostalgias de las historias del barrio, esas que dicen: «Ahora me encuentro aquí en mi soledad, pensando qué de mi vida será. No

tengo sitio donde regresar y tampoco a nadie quiero ocupar. Si el destino me vuelve a traicionar te juro que no puedo fracasar. Estoy cansado de tanto esperar y estoy seguro que mi suerte cambiará. ¡Pero cuando será! –Continúa Ovidio–, «Él nos enviaba discos, música, ropa y en una ocasión nos envió un llavero que decía New York en letras fluorescentes. Así fue que se me ocurrió hacer un letrero en cartulina y con pintura fluorescente que dijera New York para ponerlo en la entrada. Y así quedó bautizado el lugar».

Allí, cada tarde y noche de viernes, sábados o domingos, se dan cita religiosa los melómanos, bailarines, «parceros», que con sus «panelas» irrepetibles descrestan hasta los más versados académicos en las lides literarias salsosas. Cada quien, enarbola como trofeo encantador su selección espontánea: bien una guaracha, una pachanga, un boogalo, un guahuancó, una descarga de timbales o de violines y flautas; sonidos dispersos que manifiestan afinidades, conspiraciones, encuentros y desencuentros, gustos, malicias, complicidades, traiciones, cercanías, lejanías, afectos o desafectos del corazón. A partir de este instante, con el lugar y su gente convertidos en vértice mágico, todo el mundo sabe dónde encontrarse, desde nuestras cómplices amistades, la novia, la esposa y hasta la policía; porque como lo dice ‘Cheo’ Feliciano, «A las seis es la cita, no te olvides de ir, pa’ bailar la pachanga con Esther y Fifi...»

Cómo llegar a éste sitio de la magia salsera y polirrítmica

En alguna de las tantas noches de bohemia, hurgando la historia del Popayán noctámbulo y rumbero, un buen samaritano, conocedor excelso de los recovecos más recónditos de la vieja ola salsera de los 70s., me entregó vagas referencias y elogios típicos de este NUEVA YORK patojo.

Un día cuando rumiaba las ausencias de soledad, decidí, intempestivamente viajar hacia ese pequeño museo, que paradójicamente sin premeditación angustiada esperaba tranquilo mi presencia furtiva en aquella tarde de un sábado cualquiera. Entré sigiloso; el lugar estaba lleno de un silencio aturdidor; al fondo en una barra improvisada una silueta masculina ordenaba – en medio de un abanico multicolor de cosas antiguas–, con cuidado la discografía que serviría como menú del día. Ese personaje era Ovidio, pernoctaba allí con su gentileza a flor de piel y su obnubilada obsesión por la perfección maniática de la rumba, constituida también como mecanismo de fuga y de felicidad; con sigilo de artesano manual, se le observa manipular, con milimetría de relojero antiguo, la aguja punta diamante, que debe caer en el lugar exacto del acetato negro que rodando emitirá, a su contacto, los sonidos y la cadencia sonora de la rumba; es una suerte de ritual del placer, que se repite al infinito y que rememora en cada pieza musical las alegrías y nostalgias que renacen permanentemente prendidas de la piel del coleccionista.



El público reiteradamente se acerca a la barra a solicitar sus apetitos sonoros y, entonces Ovidio, hurga entre los estantes desordenados –que sólo él conoce–, las carátulas para observar los títulos de las portadas y sus contenidos melódicos; es una actividad que se asimila al ejercicio que realiza un buscador de tesoros; entre los viejos discos que van y vienen, aparecerá, como por arte de magia, la melodía que colmará el gusto de los rumberos con el aroma singular que produce el sonido del vinilo, porque como lo dice Carmen Beunza (2012): «Los vinilos tienen algo especial. Cuando uno pone un LP en el tocadiscos, no es como si escuchase un CD cualquiera. Hay algo nostálgico en ajustar con cuidado la aguja y espera hasta oír ese ligero crujido ronroneante. No es solamente el encanto que tienen, no es simplemente su aire vintage ni su mayor cuerpo y calidez de sonido, sino un placer que va más allá. Es algo sensitivo, físico».



La escenografía del lugar, manifiesta una brutalidad de contrastes: al fondo, un cuadro inmenso de las torres gemelas de NUEVA YORK, al frente de la cual merodean unos aviones hechizos que simulan las sombras fúnebres del catafalco del 11 de septiembre. A su alrededor las paredes cubiertas de discos y carátulas con pinturas y fotografías como una interminable galería de arte que se extienden en incontables filas hasta donde los Orishas¹ inventaron el infinito y el sonido se confunde con el sueño de la indeterminación.

¹ Los Orishas son los emisarios de Olodumare, o Dios Omnipotente. Ellos gobiernan las fuerzas de la naturaleza y los asuntos de la humanidad. Se reconocen a si mismos y son reconocidos a través de sus diferentes números y colores, los cuales son sus marcas, y cada uno tiene sus comidas favoritas y otras cosas que les gusta recibir en forma de ofrendas y regalos. En conformidad, sus seguidores hacen ofrendas en la forma a la cual ellos están acostumbrados, como siempre las han recibido, para que así ellos reconozcan sus ofrendas y vengan en su ayuda.

Se comprende mejor a los Orishas observando las fuerzas de la naturaleza que ellos gobiernan. Por ejemplo, se puede aprender mucho sobre Oshún y sus hijos estudiando los ríos y arroyuelos que ella gobierna, y observando que a pesar de que ella siempre fluye en dirección hacia su hermana Yemayá (el Mar), lo hace dentro de su propia ruta indirecta. También se puede observar como la riada o inundación repentina reflejan sus cambiantes estados de ánimo. Los Orishas son las deidades adoradas por el Santero y el Babalawo. Cada Santo requiere su ritual adecuado a su sacralización.



Al centro de la casona, dispuestos en orden circular, una serie de nichos rústicamente contruidos que pretenden simular suntuosidad; secuencia de mesas solitarias a la espera de la hora señalada para la recepción de la lúdica anormalidad. Es un ambiente de fiesta que posee su propia fuerza inusitada, al punto que el resto de la improvisada decoración se convierte en un aderezo complementario a la anhelada e imaginada silueta de aquella tarde reservada para el hedonismo del sabor.

Mientras tanto, yo, suspendido en el tiempo, exploro mis sentimientos y en silencio musito al unísono con Willy Colón, una de sus canciones que a esa hora me sirve de refugio y compañía: «Yo quiero esconderme, nena, debajo de tu saya, para huir del mundo. Pretendo también suavizar el enredado de tus cabellos [...] Dale una transfusión de sangre a este corazón que es tan vagabundo». Me decido entonces, a destapar una botella de vino, en cuyo fondo se avizora un descanso a las penas del alma, que en oportunidades nos condenan al exilio de la soledad y, desde otro horizonte invito a Baudelaire, a recordar aquel bello poema que nos incita a tratar este elixir como nuestro cómplice ideal:

[...] El vino es semejante al hombre: Jamás se sabrá hasta qué punto es posible estimarlo y despreciarlo, amarlo y odiarlo, ni de cuántos actos sublimes o fechorías monstruosas es capaz. No seamos entonces más crueles con él que con nosotros mismos y tratémoslo como nuestro igual.

A veces me parece que oigo decir al vino (que habla, con su alma, con esa voz de los espíritus que sólo los espíritus oyen): "Hombre, bienamado mío, quiero alzar hacia ti, a despecho de mi cárcel vítrea y de mis cerrojos de corcho, un canto lleno de fraternidad, un canto colmado de dicha, de luz y de esperanza. Yo no soy ingrato; bien sé que te debo la vida. Sé lo que el dárme la te ha costado de labor y de, sol sobre

la espalda. Tú me has dado la vida, y yo te recompensaré. Y te pagaré ampliamente mi deuda, pues experimento una dicha extraordinaria cuando caigo en un garguero sediento, después del trabajo. El pecho de un buen hombre es una morada que me complace más que las melancólicas e insensibles bodegas. Es una alegre tumba donde realizo con entusiasmo mi destino. Hago en el estómago del trabajador un gran tole-tole, y desde allí por escaleras invisibles, subo hasta su cerebro, donde ejecuto mi danza suprema.

Comparto, entonces con Juan Cajas (2004: 100) las bondades oníricas de la ebriedad, «el vino une; elimina la ausencia, libera él yo escindido, lacerado, recupera su unidad y lo integra al cosmos», en una suerte de encuentro mágico exorcizarte.

Un visitante ocasional en la hipnosis frenética de la rumba

Marcel Mauss decía que «La fiesta es un hecho social total, de expresión ritual y simbólica, sagrada y profana», y esa frenética sensación es la que se palpa y se vive en este sitio, con sus rituales de iniciación secretos y nocturnos. Así que capturado por el asombro que me produce el hipnotismo de mi ebriedad dionisiaca, en la que imperceptiblemente me he visto envuelto, observo cómo la pista es un hervidero de locura tenaz. Saltan los bailarines con sus atuendos esotéricos; retumba el estridente sonido que acobarda mi artesanal cadencia coreográfica, que otrora la creía digna de competencia: otra vez la vida me ha abofeteado mientras se ríe a ultranza de mi plástico analfabetismo rumbero.

A partir de ese momento, los transgresores de las métricas armónicas, buscan el alma en el exorcismo de la música de salsa; aunque pronto descubren en su ebriedad, que este estado, no es otra cosa que la reminiscencia de los años idos; esa furia de sentimientos dramáticos a los que nos enfrenta la vida, compaginación perfecta con las vivencias de un «Juan Pachanga», «Pedro navaja», «Juanito Alimaña»; «Perico Macoña»; «Catalina la O»; o de la negra «María Belén», bailando con «Perico Trebejo», un «negrito rompe y raja, que con el cuchillo vuela y corta con la navaja». Como lo argumenta Guillermo Cabrera Infante (citado en Jáuregui 2005), que el ritmo es una cosa natural, como la respiración. Y, así lo palpo en este sitio: «Todo el mundo tiene ritmo como todo el mundo tiene sexo. Lo que pasa es que el ritmo es como el sexo, una cosa natural. Y lo mismo pasa con ambos pero más con el sexo, que los pueblos primitivos no conocen la impotencia ni la frigidez porque no tienen pudor sexual, como tampoco tenían pudor rítmico y es por eso que en el África hay tanto sentido del ritmo».

Al caer la noche, el escenario, produce una imagen hipertrofiada y narcótica de la rumba; un autorretrato de la ironía del barrio; la música caribeña siempre habitó y habita entre nosotros con su silueta, «la del betún amable de clara poesía, la que tiene su ritmo, la que tiene melodía; esa de las caras lindas de mi gente negra»; «la del melao de caña»; donde se visualizan las sombras grises de las rutinas trágicas de nuestra precaria existencia. Yo, entre tanto, observo como un intruso el espectáculo y, con Ismael Miranda como fondo sonoro, «sigo mi vida con risas y penas con ratos amargos y con cosas buenas».

La pista es una obstinación de tensión entre arritmia y armonía; ella evapora como por arte de magia un enjambre de bailarines, que compiten en el desenfreno total por imponer cada cual su estilo peculiar; de entre los tornamesas, que sirven de trasfondo a la luz tenue de la barra, salta como un felino, el «Trompo Miranda», dueño y señor del espectáculo, cadencia rabiosa que no da tregua a la interpelación; pareciera decir en su mensaje subliminal «Quítate tú, pa' ponerme Yo». Conocido de antaño, no me aguanto las ganas de felicitarle, por haberse hecho sublime en las artes de la rumba y, porque además, en él se condensan los anhelos reprimidos de las nostalgias del ayer; taciturnas imágenes que me incitan a tatarear, esta vez con el sonero mayor: «Yo dueño en mi jaragual me siento, cantándole mi canción al viento; un cacique patriarcal viendo mi perro guardar, mi tesoro y mi mujer que inmenso».

De un barrio aledaño –Yanaconas– vienen cada sábado –sin faltar– a compartir esta fiesta pagana dos mujeres: Lady Mina y Lorena Moya, se sientan alrededor de la barra con una caneca de aguardiente que la dosifican al compás del deleite de los ritmos que embriagan sus cuerpos y sus cerebros. Con sus vestidos llamativos, sus zapatos de tacones y sus pies frenéticos, sobre la pista marcan la cadencia de la rumba y de la noche bohemia; sus cuerpos se mueven en el escenario con una pasmosa habilidad; les es indiferente el ritmo caribeño que Ovidio seleccione en el tornamesa, bien la sabrosura de un guaguancó; el sincrético trepidar de flautas y violines en una charanga; el viento de los trombones de un son cubano, que dispersa los otros sonido; la sensualidad de un montuno excitante o; la estridencia acelerada de un boogaloo con su ritmo obsesivo. El dorso y brazos de estas artistas callejeras, se desplazan sintonizados con el movimiento de sus piernas, dan vueltas a la velocidad de la melodía, sin siquiera despeinarse; es la estética del cuerpo hecha ritual; es la pócima salvífica que despista el aburrimiento. También esos cuerpos de las gentes sencillas y humildes, hablan otros lenguajes; no los lenguajes vocales, sino los que manifiestan las cadencias y el candor de las sensibilidades excitadas con el golpe de la clave y el tambor, que hacen que por el torrente sanguíneo suba la temperatura, hiervan en el interior las sensaciones placenteras y emerja, como por arte de magia, el sabor, la irreverencia, el placer inconfundible que depara el goce pleno de la vida producido por el carnaval de la fiesta. Aquí, en este lugar de pasaje, la palabra hablada sede el sitio al intercambio sin lenguaje, sustituido éste por el ademán y la mirada, otra forma sensible de conversación.

Con esta quimera auditiva, constituida en fábula o ficción, me voy con mí pasado a cuestras, con la esperanza de algún día regresar al embrujo incomparable de este sol, musitando con César Alfredo Miró Quesada, aquella poesía convertida en canción: «Todos Vuelven»:

Todos vuelven a la tierra en que nacieron,
al embrujo incomparable de su sol,
todos vuelven al rincón donde vivieron,
donde acaso floreció más de un amor.
Bajo el árbol solitario del silencio,
cuantas veces nos ponemos a soñar,

todos vuelven por la ruta del recuerdo,
pero el tiempo del amor no vuelve más.
El aire que trae en sus manos,
la flor del pasado, su aroma de ayer,
nos dice muy quedo al oído,
su canto aprendido del atardecer.
Nos dice su voz misteriosa,
de nardo y de rosa,
de luna y de miel:
Que es santo el amor de la tierra,
que triste es la ausencia que deja el ayer.

Referencias Bibliográficas

Beunza, Carmen. (2012): Love me do. Disponible en:
<http://blogs.noticiasdegipuzkoa.com/lovedo/2012/03/01/vinyl-girl/>

Cajas, Juan. (2004). El truquito y la maroma, traquetos y pistolocos en la ciudad de Nueva York. Una antropología de la incertidumbre y lo prohibido. CONACULTA – INAH. Mexico.

Galeano, Eduardo. (1994). Úselo y tírelo. El mundo de fin de milenio visto desde una ecología Latinoamericana. Biblioteca de ecología Planeta. Buenos Aires – Argentina.

Jáuregui, Coronado, Eloy. (2005). La Crónica sobre Mr. Afinque. Dios para el Cielo, para la Tierra, Rosario(II).

En: <http://www.mambo-inn.com/mr-afinque-II.htm>

Paz, Otero, Víctor. (2010). Entre encajes y cadenas. Una historia de los esclavos y señoritos. Bogotá: Villegas Editores.

Popayán, Mayo de 2017